





# MANERAS DE IRSE

---

*Ricardo Ramírez Requena*



Maneras de irse  
*Ricardo Ramírez Requena*  
Editorial Ígneo, C.A., primera edición, Caracas, 2014.  
ISBN: 978-980-7641-07-4  
Poesía

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por leyes de ámbito nacional e internacional, que establecen penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Ricardo Ramírez Requena

© Editorial Ígneo, C.A.

[www.editorialigneo.com](http://www.editorialigneo.com)

Correo electrónico: [contacto@editorialigneo.com](mailto:contacto@editorialigneo.com)

Facebook: Editorial Ígneo | Twitter: [@editorialigneo](https://twitter.com/editorialigneo)

Colección: Ciudades insomnes

Coordinador de la colección: John Manuel Silva

Ilustración de portada: Oriana Vargas

Fotografía del autor: Arnaldo Utrera

Diseño de portada y diagramación: Virginia Palomo Rosendo

Impreso y encuadernado en Venezuela por Talleres de Liliana Acosta

Depósito legal: lf25220148002128

# CONTENIDO

MOVIMIENTOS	<i>Trinchera</i>	12
	<i>Día de San Juan</i>	13
	<i>Maneras de irse</i>	14
	<i>La ceguera</i>	15
	<i>Calle sin final</i>	16
	<i>Velares</i>	17
	<i>Retrato de mujer bella en blanco y negro</i>	19
	<i>Bajo el signo de Proteo</i>	20
	<i>La lentitud</i>	21
	<i>La herencia</i>	22
	<i>La vigilia</i>	23
	<i>Como Krishnamurti</i>	24
	<i>La vigilia y el sueño</i>	25
	<i>Última vela</i>	26
DIÁSPORAS	<i>Ciudades</i>	28
	<i>El juego</i>	29
	<i>Taguaralia</i>	30
	<i>El viudo</i>	31
	<i>Flamenco</i>	32
	<i>Buenos Aires, final de tarde</i>	34
	<i>Dos ciudades</i>	35
	<i>Venezia</i>	36
	<i>Mardi Gras</i>	37
	<i>Beltane</i>	39
	<i>Eneas</i>	40
POSTALES	<i>Postal desde La Guaira</i>	42
	<i>Postal desde la autopista</i>	44
	<i>Postal desde Rajatabla</i>	45
	<i>Postal desde La Candelaria</i>	46
	<i>Postal desde Las Palmas</i>	48
ADENDAS	<i>Cuerpo de mujer</i>	52
	<i>Duermevelas</i>	60



A Nathalie





*Every day*

*Over his green horizon  
A fresh deserter rides away,  
And miles away birds mutter  
Of ambush and treason.*

**W.H. Auden**



---

# MOVIMIENTOS

---

Uno se levanta arreando sus plateas,  
sus pocas victorias. Trae de la noche coletazos  
de sueño, imágenes recurrentes y cansadas,  
memorias de almohada y espalda tensa.  
Me acerco al clarear del día, celoso de mi oscuridad.

Ahora lo sé. Los dioses golpean donde duele, dicen.  
Las Furias me miraban desde lejos, jugándome  
a los dados, me dijeron.

Y mientras me quebraban los dientes,  
las Furias se mofaron.

---

TRINCHERA

---

Es la misma tarde, y la luz en la misma tarde,  
los mismos coros.

Día de San Juan, día de sangre y de lluvia, serenata  
que abre párpados al cielo.

Está el mundo celebrándose, están los borrachos,  
las mujeres y los niños correteando, los ancianos  
cultivando el odio al paso del rayo, las respiraciones.

Mañana se irá a las iglesias, se irá al mercado,  
beberemos café en balcones y zaguanes.

Felices borregos, ya vestimos nuestras formas finales,  
y escuchamos el silencio de los gallos y el silencio  
de la dicha, las rabias pulidas a destiempo,  
los ecos olvidados.

La lucidez es negra y negra ha sido en este tiempo  
que acatamos.

En estos días, el odio es el aplauso del que llora  
y lo común es el dolor de los adioses.

El mundo anda a golpe de muerte y de caderas,  
ni más que el rayo, ni menos que las cenizas:

Pérdida de luz a la entrada de la luz, música de fiesta  
que se apaga.

---

DÍA DE SAN JUAN

---

Las amigas de mi madre se han ido muriendo.

Primero fue Yolanda, de carne firme y silencio. Luego vinieron la abuela Arreaza, quien le vio el culo a todo El Cafetal de tantos años poniendo inyecciones; Elvira, su alegría y su cigarrillo perpetuo; Beatriz, a quien no le tocaba realmente pero decidió irse, y al final Elena, impuntual.

Todas se han ido muriendo. Quién les habrá dicho que podían morirse así, como pidiendo permiso.

Hay maneras de irse y cada una ha respetado el pacto que las une.

Hay un orden de las cosas y mi madre lo ha entendido en su silencio.

Se le ve en el rostro, cada vez que aparece Elvira durmiendo o fumando en la casa, o el ascensor decide detenerse en el segundo piso, el de la abuela.

Tanto apuro y nadie quiere irse de verdad, dice.

Tanto apuro y no pueden vivir sin contarme sus asuntos en los sueños, comenta.

Me dejaron sola, cuidándoles la calle y a su gente. Yo cuento ahora los chismes, yo doy las clases, yo pongo las inyecciones ahora. Aún no puedo irme, me cuenta. Ni que quisiera. Cada día me encomiendan cosas nuevas las pendejas esas.

---

## MANERAS DE IRSE

---

Hay una serenidad que otorga la amargura.

Dura hasta que se cenizan las palabras y dejan de ser aliento. Y todo queda como lo callado del monte cuando hay peligro. Hay un canto de cigarra y luego el cesar y el templarse en la espera.

Todos amolan sus cuchillos: se apertrechan, pues seremos invadidos por la turba. Conservamos la calma.

Sabemos que el que suelte su amargura pierde.

Solo el silencio la resguarda.

---

## LA CEGUERA

---

Viento sucio contra mi rostro a través de las calles, rodeadas de gente. Tienen su Ipod, su celular lleno de funciones, sus cámaras, sus botellas de agua. Zapatos de goma, colas de caballo, gorras. Bailan, saltan, anuncian gritos de guerra hacia las ventanas.

---

## CALLE SIN FINAL

---

Los muchachos van al frente. Uno teme por ellos, por su bien o por esa idealización malsana que se tiene de ellos. La juventud es fiel a su sangre, a ese vigor que desmorona conceptos. Uno solo debe guardar aquello que ofrecen, sus pasos consecuentes en un tiempo inconsecuente, su risa. Y caminar alerta de que un viento no nos los vaya a llevar.

Uno marcha y mira hacia atrás, a los lados. Los rodea, les hace palmas.

Por momentos las angustias, la quincena corta, el giro del carro quedan atrás: solo tenemos una calle sin final. La misma calle de Robert Frost, el mismo camino que, escandalosamente, no veamos subiéndose la falda antes de tiempo.



Vísperas: salgo del trabajo. Plaza Venezuela es una zona de humores en donde privilegia el rostro del derrotado. No parece viernes. Hay pántinas de gris en los párpados y un silencio enfermo por las calles. Algo ocurre en la polis que les tensa la mirada. Cada obstinación de la tristeza es menos sangre que bombea. Cada quien camina con su angustia y su desesperanza.

Completas: se sabe de protestas esta noche. Hay órdenes dadas por quien gobierna. Se anuncian horas complejas. Una amiga en Barcelona me llama preguntándome qué sucede (ha tenido taquicardias). Correos desde Brisbane, San Francisco, Aberdeen, París. El dolor de una polis se transmite a las demás. Quieren apelar a las armas aquellos que nunca han tomado alguna. Se siente el miedo en esta noche callada (no hay fiesta en los edificios continuos). El insomnio comienza entre canal y canal del cable, en alguna página del libro que al final se cierra y duerme bajo la lámpara.

Maitines: la primavera llega con un canto escandaloso de pájaros. En estos parajes aparece el calor bajo la picada recurrente del mosquito. Clarea más temprano, y el cuerpo se acomoda a un despertar de sentidos que le otorga brillo. En el silencio de este final de madrugada, veo los pocos carros pasar vertiginosos. Queda poco tiempo para gozarse y quien puede lo hace. Los muchachos llegarán pronto de sus fiestas: si algún cuerpo fue gozado que haya sido de buena manera. Que el roce, la caricia, haya sido correcta, el besar profundo, el desnudarse completo. Que ninguno haya sufrido más de lo necesario, que su risa no desaparezca mañana cuando vuelva a abrir los ojos, que la noche, Señor, no los haya devorado. Tráelos completos hasta el alba.

Laudes: he velado. Volvieron de sus fiestas los muchachos. Duermen, enrojecidos sus ojos (algunos sus miembros), los tacones regados por el cuarto junto con el pantalón o el vestido. Las muchachas no suelen quitarse el maquillaje, no hacen caso de sus madres, no las cerca la vejez. Duermen, Señor.

---

## VELARES

---

Así llega el verano este sábado a las casas:  
trasnochada, olorosa a cigarrillo, a sudor, a cerveza  
o vodka. Los muchachos han gozado, y se debe  
aprender a respetar la plenitud de sus tiempos.  
En un rato, en la tarde, veremos nuevas formas  
danzar en sus miradas.

El equinoccio llega, más allá de las vicisitudes  
nuestras. Lo saben, desde el comienzo, los pájaros.  
Lo saben, en su canto de despedida, las cigarras.

Lo más claro está hacia el fondo, se reúne la noche alrededor de ella. La noche, no la oscuridad, lo terso de la noche y no su desperdicio.

Delgados los brazos, amplía la sonrisa secreta, cerrándole los ojos.

Si te acercas, no significa que puedas verla, es madrugada que lenta se respira.

Largos sus cabellos, desplegados como palma de buena rama, sostenidos por el viento y un sombrero. Lleva la oscuridad más arriba del cuello. Envuelta en noche, quisiera verla mientras se derrama, olerle los cabellos.

No hay tiempo equivocado: no tiene que ver con las horas de los hombres ni los ciclos animales.

Estos golpes ocurren en el esplendor de su silencio y según acontezca la mirada.

Con lo que muestras a la luz, yo hago un secreto de tu cuerpo en lo oscuro, en esta espera que se prolonga y hace de los breves días largos años.

Me hago a tu andar, a la elocuencia callada que regalas.

Acepto eso, como se acepta tu mirada desde el eco.

Deletreo el más antiguo de tus retratos, el que conservo: tu rostro naciente desde el mar, tu pelo mojado, el agua de coco haciendo un trecho en tu garganta.

Hago imperio en tu mirada mientras oteo cada espacio entre los pliegues de tu falda: luz oscura que me envuelve sin motivos, sombra empapada de humedad, lugar de mi sosiego, senda clara.

---

## RETRATO DE MUJER BELLA EN BLANCO Y NEGRO

---

Lo que cambia, se sostiene en lo que goza:  
en el olor del café recién colado, en la fruta que  
entera se devora van girando los deseos, pasan  
entre el silencio de la siesta y bordean la hilera  
de recuerdos que se acercan cautelosos, casi inciertos.

¿Quién pudiera deslastrarse la memoria, esconderla  
mientras se contenta en sus mentiras?

¿A quién no le invade el olor de un cuerpo gozado?  
¿A quién no le vuelven las ansias?

La paz se pide por instantes, no se retiene: que se  
acerquen los recuerdos, que piquen esta calma y que  
la hinchen, que alboroten la sala repleta de voces,  
la cama con sábanas nuevas, olvidando la calma  
aunque pensemos olvidarla, desatándonos la paz  
aunque pensemos retenerla.

La memoria también es casa que se cae y se levanta  
y los deseos frágiles pilares de esa casa. Aparezcan  
entonces todos los tiempos: abro las puertas y dejo  
pasar el río y sus olores y sus piedras: que sean ellos  
desgaste en los pilares, desgaste del olvido,  
suceso que avive los deseos.

---

## BAJO EL SIGNO DE PROTEO

---

¿Qué será el amor en su final o su principio?  
¿Qué hacer con la memoria llena de deseos?  
¿Con los días que llegan como río desbordado  
y, en su afán, derriba cercas y casas malamente  
construidas?

Batallas que llegan por instantes y no se retienen,  
mujer y su recuerdo escondido en el olvido,  
anhelo de tu cuerpo en este invierno.

Va lenta la semana. Nos gusta dejarnos para más tarde, la lucidez a la mano con el pánico.

No somos la historia de nadie: un andar doliente de promesas por los espacios del herraje, mientras nos gritan, nos gritan y nos lamen las orejas con susurros destrozados un disfraz de alegorías, un refrán de majaderos.

La providencia de Dios está llena de azares de múltiples rostros.

De murmullos de espanto en los umbrales.

Momentos de ocio, de fotografía: la mujer desnuda en la autopista, las torres del silencio, la noche devoradora de mañanas.

---

## LA LENTITUD

---

Tengo en mis manos tu foto. Busco en tus rasgos herencia de mi padre, en mis hermanos, ademanes.

Eres lo que en mí desconozco.

Nueva York, 1934.

---

## LA HERENCIA

---

Venir a verte tan tarde: eres el vedado de la casa, el que provoca silencio, el poco nombrado. Llevas la mirada del menor de mis hermanos, los labios del mayor.

De ti reclamo la herencia de tu llama. Aquella que por el siglo transitaste.

Entro al pasado por tus ojos, por tus ojos cruzo calles y me veo naciendo al pie de un río, viviendo al pie de otro.

¿Qué es este sol, Ismael, alba o crepúsculo?

¿Qué pasó con el nuevo siglo?

El mar que tus ojos ven, revienta en olas en el mío. Solo se escuchan anuncios de profetas: la sombra que nos cierne no es la sombra que acompaña por los bares, ni en los pliegues de otra piel callada y transpirada.

El siglo XX fue el insomnio del tiempo.

Susúrrale al siglo que se duerma, que deje nacer otra belleza.

Préstale tu pierna mala para que al andar salga prudente.

Llévate a sus muertos olvidados y cansados.

Déjanos la música y el trago. Déjanos la llama.

Uno es de los espacios impregnados por el afecto, desde el mueble al lavamanos. Solo eso ayuda a soportarlo. Al dolor, la inutilidad, los pocos pasos y voz, la falta de apetito, los espasmos.

Poco enseña tanto como el viaje y la enfermedad. Cada uno es tránsito, tiempo hecho movimiento que se queda. Son el padecer del solo. Te mueves y eso sigue ahí, aunque te marches a otro lado.

Es una vigilia por el oro. Andamos y andamos, transitamos con el demonio azul adentro que nos viaja, nos manda postales, se emborracha pensando en nosotros. Nos padece tanto como lo padecemos.

¿Soy el demonio de quién? ¿Mi cuerpo, jaula de qué?

Somos un espejo que refleja enseñanzas.  
Que muestra claves, logros, desaciertos.  
Estoy volviendo a mi propia danza.

Traeré de este viaje el tedio, todo lo que de mi cuerpo se llevaron. Comenzaré otro: las ausencias de mi cuerpo me recorrerán, serán vigilia de mí mismo.

La misma calle que recorro cada tarde,  
el mismo demonio que me embriaga.

---

## LA VIGILIA

---

Como Krishnamurti, he querido detener el tiempo.

Estirarlo como sábana o mantel de domingo  
y cuidar uno a uno sus pliegues.

He querido hacer del mismo una armonía  
que sostenga el ritmo latente de la materia,  
que se amigara educadamente con el espacio  
que habitamos.

No ha servido de nada: el espacio me mira  
amargadamente mientras me señala sus desgastes,  
su piel pulida y transitada de caminos.

También del tiempo es esclavo.

He intentado sobornar al tiempo, darle pedazos  
de carne que devore mansamente como el perro  
hambriento que es, pero mientras come no deja  
de mirarnos y de establecer cada uno de los pasos  
que daremos.

Te tomara tiempo, y te dilatara para hacer del espacio  
el abrazo más abierto y la muerte de quien vive más  
serena.

Pero no se puede. Dicen que él sí pudo.

Odio tanto a Krishnamurti.

---

COMO  
KRISHNAMURTI

---



*A Alejandro Oliveros*

Respeto el pudor de las personas. Tengo conocidos, amistades, que prefieren el momento del sueño para hablar conmigo, para hacerme saber lo que quieren. Está una muchacha que, para mi desconcierto, me mira con un deseo furioso y dulce mientras me acerca sin complejos la longitud de su cuerpo. Gente del trabajo que bebe con uno. Amigos del liceo que me cuentan que ha sido de ellos. A veces se apilan en la entrada, a veces uno por uno. Pasa a veces que no llega nadie y me dejan seguir en lo más oscuro de mi sueño. *This land will not communicate*, decía Auden, y entiendo desde la nostalgia de quien espera una epístola, alguna razón de aquellos que están tan lejos de hablarte sin complejos. Uno también lo hace: se pone sus disfraces y sale a velar a quienes anhela. Se llena de palabras y los rodea: para unos, conmovedoras; para otros, irónicas; para el resto, un intento de ser precisas. Pero nunca exactas como quisieras, nunca pertinentes, nunca concretas.

Hablar en sueños es hablar desde una bisagra: el contar lleva un camino de Argonauta y el delirio de Coleridge. Me gusta que aparezcan ellos, así, con grandes ropajes en la desnudez de mis complejos. Me siento menos solo. Me siento menos lejos de aquellos.

Acepto el pudor de las personas. Son bienvenidos en la ambigüedad de mis palabras, son bienvenidos en la inconstancia irresponsable de mis sueños.

Que nunca condenan.

---

LA VIGILIA Y  
EL SUEÑO

---

Las mujeres van cayéndose a pedazos, empiezan por los senos que las manos no contienen ya; no levantan más el rabo: sus labios se secan, su piel se seca y endurece en las axilas poblándose de lechos olvidados.

Ante las velas, cada una pide un viejo con quien morirse, que no las toque cuando duerman, que no reproche los vellos en sus cuerpos ni su lectura de sor Juana.

Los hombres en cambio nos desplomamos de inmediato, no damos espacio a que el tiempo labore y surque sus espacios. Todo de golpe cae y se hace polvo mientras limpiamos el revólver y colocamos las balas.

Cada tanto tiempo, ella baja a los infiernos a cenar con sus demonios. Desaparece su mirada, su presencia de los días. Anida en sus carbones, los consulta y alimenta con su olvido.

---

## ÚLTIMA VELA

---

Cuando vuelva, buscará que le espantes el azufre que la envuelve, solo eso. Tus palabras no curarán nada. Aunque la beses, no habrá lluvia entre sus piernas. En tus ojos buscará los parques, los campos de batalla, las lunas que pasan y que vuelven, a el que abandona los hijos, las manadas de perros por las calles, las barbas y la calvicie, los grandes templos, el sol en estos parajes de ferias y de ron, el ardor, la sangre.

Buscará en tus ojos un bastón y tu aroma de sudor viejo, un beso en la frente en las mañanas.

Ahora sabes.

Los hombres, a veces, también aprendemos.

---

DIÁSPORAS

---

¿Me habitan las ciudades o solamente se recorren?  
¿Qué tan de paso es uno? ¿Cuánto de ellas llevamos  
en las entrañas?

He recorrido tantas ciudades, he vivido en tantas.  
Cinco ciudades antes del uso de razón, una sola  
en veinticinco años.

¿De cuál soy realmente? ¿De aquélla en donde nací o  
de aquello en donde transito?

En ésta, en donde vivo ahora, me siento apenas  
testigo de sus andares y mutaciones. De las otras,  
alguien que las busca siempre en sueños.

Se me esconden, me evaden, me seducen con  
silencios de mujer, con secretos de los que no sé nada.

¿Qué tan de ellas puedo ser? ¿Qué tanto puede ser  
uno de lo que ama?

Siete Troyas llevo dentro, siete Troyas que mi cuerpo  
se reparten.

Me recorren, me averiguan, me espían en la noche.

Las habito, las escribo. No sé más nada.

---

## CIUDADES

---



Al volver al país, Papá nos llevó a ver el juego. Entonces las noticias no eran calmas, o lo eran y no sabíamos. El béisbol me recuerda la oración de mis abuelas: una parte de Lutero y la otra de Santo Tomás, una abre los brazos en alto hacia el cielo, la otra busca cielo en las imágenes. Ambas se ríen de nuevos dioses. Saben que Dios hay uno y cada una lo cela. Saben que es la misma batalla siempre, y que Abel y Caín son un papel que se alterna.

Llegamos al estadio y esperamos el comienzo. La gente gritaba y reía, bebiendo su tarde, mirando hacia el campo como si el futuro en éste se ofreciera. Avanzado el juego, era claro quién sangraba. Recuerdo el octavo inning, por ejemplo. Dos strikes, uno en base, hace tiempo superados los cien lanzamientos por el pitcher. Roca pulida por vientos y agua de la historia que tanto se repite, roca púrpura tan quieta la pelota al llegar al guante del catcher mientras el abanico aún resonaba en el aire. Papá murmuraba del calor, intuyendo la derrota. Vasos de cerveza danzaban en el aire, y todo poco a poco se acababa.

Vamos con la memoria a cuentas, Padre, calculando cuánto perderemos, de la casa al estadio y viceversa. ¿Hacia dónde volveremos la mirada?

Tengo mi quijada de asno en la mano.

El juego sigue, entero con sus piezas.

---

EL JUEGO

---

Afuera, en el vidrio, una gran calcomanía que anuncia que este local no cancela seguro social. Al lado, un sitio donde juegan caballos. Cerca, un kiosco que nunca abre pero en donde duerme alguien sus soledades de cada noche. Entrás y el olor a orine te llega hasta la médula como un frío que hace daño. Cuatro señores, tres mujeres en la mesa de la esquina, hila que hila, alguien en la barra. No hay quien sirva, el mismo barman limpia, lleva las llaves y cobra las propinas. Cuando las hay. Pides tu cerveza, generalmente tibia, y te buscas una silla que no tenga las patas tan mordidas por el perro viejo, inmenso, alrededor. El mantel es plástico y grasoso, donde bailan las botellas.

Hay un televisor pasando Sábado Sensacional, mudo, con Amador Bendayán entero; una radio en donde suena Toña La Negra. Nadie baila ni se mira. Reina el silencio y los murmullos de los cuatro del fondo. De repente, una risa tuya. Una extraña presencia en este final del día. Entran dos niñas ofreciéndote flores para una mujer que no está aquí. Entra la policía y te requisa, para luego ofrecerte marihuana. Para todo giras la cabeza, negando. Te detestan. Terminas la cerveza y te levantas, dejas el dinero y haces que vas al baño. «No hay agua », dice el letrero. Bajas la cabeza y al salir, sabes que nadie te mira. Como si no pertenecieras ahí, y no hubieras bebido y pagado tu cerveza. Es que tu cansancio no es el de ellos. ¿No recuerdas el extraño olor a cementerio, a huesos viejos, a negra herrumbre?

Te tomaste solo una cerveza pero sabías que no había ojos en sus calaveras. Sabes que eran muertos, que cuando cruzaste la puerta esa taguara no era de tu mundo. Lo recuerdas al ver unos hombres que has visto en alguna otra parte de tu vida. Reconociste su nobleza a pesar de los puños amarillentos de sus camisas, de los cigarrillos rubios de dos y las ojeras largas que descendían hacia abajo de las sillas del más viejo.

Los viste, más allá del mapa de Manoa en la pared, los viste.

Fueron los únicos de Puerto Malo que, al estar ahí, se atrevieron a mirarte, incluso cuando reías.

---

## TAGUARALIA

---

Miguel de Unamuno, ya viejo, decía que cuando su mujer lo tocaba él ya no sentía nada, pero si a ella le dolía una pierna, a él también le dolía.

Yo en cambio, desde este sitio, te puedo decir que cuando a ti te pique apenas la piel, y te rasques ese leve escozor que no cambia nada en ti ni hace que reorientes el paso, a mí me duele todo desde el cuerpo inerte de mi muerte.

¿O qué es esta presencia de gusanos sino el recuerdo permanente de que ya no estoy en la tierra y, más aún, que tú aún no te has muerto?

---

## EL VIUDO

---

*Importa no estar dormido*

**José Bergamín**

*Siguiendo el dictamen del aire que lo dibuja*

**Lope de Vega**

---

# FLAMENCO

---

Nada más elocuente que un tablao en silencio.

Lo que habla es de pisadas, taconazos, golpes que se repiten de golpe, caderas duras, espaldas rectas, brazos que serpentean.

Su elocuencia nace de su ausencia de palabras.

De esos golpes tribales que llegan donde las palabras sobran o faltan.

El flamenco es una sensualidad contenida, una oscuridad luminosa, es una provocación instintiva, tibia.

Enseña a vivir con nuestras pasiones. Enseña a llevarlas.

Lleva una gracia que luego se muestra en el mundo.

Enseña a mirar.

Otorga un don del alma con el que se puede andar un poco más ligero.

Es mortal y pasajero, como todo lo que vive y merece ser recordado.

Ver flamenco es como ver una corrida: el torero convoca al toro, y solo si él acepta, toreo de verdad.

Eso es lo único que se busca al ver flamenco: no es un asunto de cuerpos y bellezas. Es una belleza que sucede en el alma que puebla el cuerpo y la interpreta.



Viendo el baile uno entiende que hay cosas  
que ya se acabaron.

No se esperan resurrecciones: solo hay que aprender  
a mirar.

Solo se mira aquello que pide ser mirado, aunque  
aquello que uno mira no lo sepa.

Y ese cuerpo que se mueve en el tablao invita  
a tomarse la muerte con más calma.

La muerte llega a cada paso y cada taconeo puede  
ser ella sonriente.

Torean algo que está ahí, en el aire, y que solo vemos  
si lo hacen bien, si no, no vemos nada.

Es el fuego más blanco, el más azul. Es el tiempo  
que se tensa como un arco.

Camino por Carlos Pellegrini, la vista en el Obelisco, y veo que la sabiduría de la ciudad trasciende incluso a sus cimientos: hoteles al lado de funerarias en el aire, Eros y Thánatos acompañando finales y comienzos de un tiempo que pasa con el sol que brota y que cálido se esconde.

Los humores llegan y se marchan dejando a su paso un regalo cotidiano y torvo, una honda piedad: un tararear de Santos Discépolo, el río, más ajeno aún; el horizonte, que no conduce a nada, y de este lado la ciudad, que vive de quien triunfa y quien derrota.

Pasa el tiempo en la ciudad y nos deja en la mirada lo increíble, el desgaste lento en los miembros, el asombro del cansancio, un bandoneón que juega solo. La falta de compañía que va llegando con los años.

Saldrás a la calle, sin El Ávila de fondo, pero latente en lo más profundo de tus ojos.

Calzarás tus botas, saltarás de la alegría por poder llevar al fin tu sobretodo, soltarás los rulos dorados de tus cabellos, que hacen tan buen juego con tu piel y el tumbao de tetas con que te desplazas, y llegarás de madrugada a una heladería en San Telmo, al lado del café en donde almorzaste ligero, pues querías recorrer el mercado y luego, aunque te quedara un poco más lejos, el Jardín Japonés.

Ayer fuiste a Corrientes, pasaste por el Colón y el edificio de Aguas Municipales, paseaste por Puerto Madero y la Torre de los Ingleses.

Hoy no. Hoy es el mayor de los helados que puedas pagarte. Lo tomarás y felizmente te acercará a una plaza cualquiera, al lado de dos viejitos que te mirarán callados, y te entregarás a comer el más sabroso de los helados.

Mientras lo haces sonreirás.

Ésta, querida amiga, también es tu ciudad.

---

BUENOS AIRES,  
FINAL DE TARDE

---

Entre las bicicletas en Ferrara y los edificios de Palladio en Vincenza, hay cercanías.

Una doñita en bicicleta volviendo del mercado, con las bolsas atrás y atestadas y alguna de las edificaciones, como el Teatro Olímpico, tienen mayor semejanza que salinas de mar y arena.

Hombre y naturaleza se unen. No hay antagonismos entre civilizaciones y barbaries.

Pasan los siglos y el paseo al final de la tarde es un leve eco del saludo de una puerta bañada por el sol o la nieve a cualquier parque que tenga enfrente.

Hay un orden en el tiempo que él mismo se trasciende. Hay un temple.

Como la *trattoria* al frente de la estación de tren, llamada Venezuela.

Uno llega de viaje y vuelve a encontrar la misma tierra que lleva adentro: una idea de país, una nostalgia de tierra que acogió pesares, un presente que solo espera sudores para ser revelado.

Aquí, entre una ciudad y otra, entre sus partes medievales y renacentistas, uno aprende a agradecer el perderse.

A verse sin caminos. Sin dolientes.

---

## DOS CIUDADES

---

En la plaza, hombres y mujeres de su tiempo: razas y pueblos con sus olores y sus lenguas, pakistaníes y alemanes, chinos y españoles, caminando codo a codo, sin molestarse, pidiéndole al vecino que les tome una fotografía y viceversa, tolerándose atrás y delante de la fila para entrar al Campanile o a la Basílica.

Nadie ve el abismo de un cuchillo, ni el anuncio de un fusilamiento, ni a niños que lloran balanceándose en el abismo.

De repente suena una gaita escocesa, que encabeza una novia rubia del brazo de su padre, seguida de los acompañantes y los niños.

Todos hacemos silencio y al pasar, casi al final de la fachada de la Basílica, alguien comienza a aplaudir la felicidad del otro (o la desdicha, nunca se sabe) y el resto la segunda.

---

## VENEZIA

---

Ninguna bomba estalló, ninguna viuda lloraba a su marido.

Bajo la mirada del santo hemos sido piadosos.

Creo que no debemos pedirnos más.



A Mario Bertorelli

No son semejantes sus Carnavales a los de El Callao, en donde uno le da la vuelta a la plaza bailando calipso, cae borracho y duerme en la plaza.

Ni a los de Venezia y sus máscaras, Río y sus nalgas generosas de fiesta, ni los viejos de Caracas.

Uno mira la vieja ciudad francesa, vendida junto con toda Lousiana por Napoleón hace doscientos años, pasea, digo, la mirada por el final del Mississipi, hace escala en alguna iglesia e intenta rezar, huye de sí mismo.

Amo mi tierra, pero me reconozco anárquico y tribal, constructor de ciudades y catalogador de sus ruinas perdidas a la vista de quien llega.

Veo los *king cake* pasar y hago reverencias mientras espero los últimos cinco días del Carnaval.

Aquellos en donde las carrozas no pasarán por Bourbon Street y, aún así, las imagino transitar, lentamente, llena de muchachas, identificando cada *krewe* y sus colores.

Pasa la peña *Comus*, pasan las otras protestando sus persecuciones, sus críticas despiadadas, su falta de respeto a la huella de la Galia en tierra americana.

No estoy en 1699, ni en 1972, en que las peñas desfilaron por última vez por este barrio, ni en 1979, quizás el mejor de los carnavales acaecidos hasta ahora.

El hombre cantó antes de hablar, da vueltas en el tiempo hasta que ya no hay tiempo, y en el espacio hasta que el mismo desaparece.

San Buenaventura, Pascal y Borges la continuaron, esa frase de Giordano Bruno: *perché tutto lui é in tutto il mondo, ed in ciascuna sua parte infinitamente e totalmente.*

---

MARDI GRAS

---

Sigo las huellas en el aire, lleno de estrellas  
y los fantasmas de Epicuro y Lucrecio, también  
aquí y en ninguna parte.

Estoy en febrero o marzo, tiempos del Carnaval.  
Estoy en Nueva Orleans.

Uno reconoce sus tribus, uno respira el aire de lo que  
en algún lado comienza o en otro se acaba.

La huella de aquel que nunca habla, la del que  
solamente canta.

Como cruza los canales el romano hacia su encuentro con el celta, así llega el día primero de la primavera. Se cruzan las llamas del hebreo, del fenicio y el egipcio, haciendo completo el círculo de fuego. Por él ha de pasar lo que vive para la bendición que otorga en este tiempo la tierra.

El fuego asciende y cura y las bodas se celebran: se danza largamente en la plenitud del bosque horadando el omphalos que se abre pleno.

Comienzan las cosechas y se lame el rocío mientras se acerca el puritano y nos agua la fiesta.

Comamos y bebamos que mañana moriremos: Beltane, el fuego de la luz, nos llega.

Estira las manos hacia el fuego, riégalo completo por tu cuerpo, vuélvete, en los andares de la tierra, uno más que se rebela y acepta ser plenamente, en su tiempo, macho o hembra.

Dale la espalda a los tormentos y a la herida.

Acepta, claramente, la llegada de la luz, del viaje, de la crecida.

Mira por la llama la amargura de ese otro que se esconde en su guarida. No cumple con los tiempos de la tierra. No acerca sus manos a la hoguera.

Acéptala tú: pon la mesa, coloca los mejores atavíos en tu cuerpo y haz del abrazo tu delicia.

Abre las manos al cielo, palpa las hojas o la arena.

Abre tus ventanas, muchacha: mi canto te anuncia, como lo hizo el celta con el romano, como aprendimos de Eros antaño, el suave quebrar de las rodillas.

---

## BELTANE

---

Que me perdonen los dioses, pero he entendido que prefiero su cuerpo al Tíber o al más caudaloso de los ríos.

Su cuerpo flaco, con sus huesos completos y ese olor a salitre que trae desde el vientre hacia fuera y desde el mar hacia adentro.

Su cuerpo flaco, al ritmo de mis ojos al verle, al paso de los grillos devorados en la orilla de esos ríos.

Ningún coro cesa con la muerte. Acepto ser el devoto que vea encenderse la pira, y al acercarte, evitar que te abrases, Dido, entre las llamas de sus lenguas.

Roma tendrá que esperar, Virgilio, que me observas con el miedo que Augusto te despierta.

Yo no quiero miradas dolientes de mujer sobre mis espaldas en mi bajada hacia el infierno.

Ulises entendió poco esto, y uno aprende de errores ajenos a veces.

Déjame con Dido, luego podrás escribir que un nieto de Troya, alguno de mis hijos, fue a fundar a Roma. Déjame con ella te digo: tú serás exiliado de igual manera que Ovidio y el florentino a quien servirás de guía.

Yo me quedo en Cártago: mejor las largas piernas de Dido a alabar con complacencias a los Césares.

---

ENEAS

---



---

POSTALES

---

Querida Angélica:

He hablado en la lengua de Ferrara y en Toscana. Han pasado los siglos y hablo ahora la lengua de los castellanos, a quienes tanto detestan en Nápoles y Sicilia.

Ariosto me creó con vistas a que apareciera en el invento de Gutenberg; fui la obra de Boiardo, quien me hizo caballero andante. Ariosto no me quiso continuar así y tú lo sabes más que nadie.

Te escribo desde estos días en que ha pasado el desamor y los ardores se han calmado gracias al tiempo. Ahora somos modernos, con la desgracia o ventura que eso signifique.

No soy ya hombre de alegorías y metáforas y mis acciones no le arrancan la cabeza a nadie. Soy un hombre ahora más parecido al que compuso Vivaldi. Soy por su música, por su música que rompió todo encantamiento acudo a ti, y por ella articulo estas líneas.

Cometí en nombre de la rabia hacia ti todos los horrores. Al secarme yo, decidí entonces secar la tierra entera.

Tú conoces lo que hice.

Si mi cólera siguiera, esa cólera nacida de la locura que engendra Afrodita, continuaría arrancando los árboles de la tierra, contaminaría ahora los mares, segaría los campos y los volvería de piedra. Pero ahora soy otro.

Uno cambia, aprende, acepta.

Envíale saludos a Medoro. Dile que lo espero pronto para tomarnos un trago. Que no hay rencor, aunque eso ya lo sabe.

Conozco la templanza, la serenidad, el sosiego. Y aunque me sabes, me conoces como nadie, pues tanto corrí detrás de ti, me he dado cuenta que tomaste al hombre más correcto.

---

POSTAL DESDE  
LA GUAIRA

---

Y eso suelen elegir ustedes, al más correcto.

Las pasiones tan fuertes engendran amarguras y frustraciones solamente.

Podría alegar que para qué, para qué el afán de sostener este planeta, esta raza que se consume y se destruye dándose cuenta además.

Para qué el silencio del campo, para qué comida diaria, si al final todos terminamos muertos.

Pero fíjate, seguimos vivos, incluso tú y yo. Hemos hecho vida.

Yo me fui al norte de Italia y fue allí, en Venezia, que encontré la calma.

Ya no me invaden tanto los miedos y en esta tierra en que reposo ahora, a pesar de sus miserias, me otorga sumo consuelo.

Me conoces, te dije antes, y es así. Sabes que no soy bueno con las palabras, que me cuestan demasiado, que escribir esto es tan difícil para mí.

Pero si fui hombre de acción, de armas y nada conseguí, para qué persistir en falsos afanes y ajetreos sin sentido.

Te regalo estas palabras, hijas justas de este tiempo que ha cambiado religiones por otras, pero conoce cosas que ni tú ni yo conocíamos.

Te dejo estas palabras, tristes quizá, en este Puerto de América, en esta playa, pero me avoco a un nuevo tiempo, a otros labios y sus besos.

Toma mis palabras, Angélica, no creo que escriba más.

Menos tuyo y cómo lo agradezco,

Querida Eurídice:

No se aprende por muertes ajenas, ni siquiera por sus cuitas.

He dormido mal, con cientos de rostros surcando el mío. Me hacen visitas y me ofrecen abiertas sus manos, sus palmas rasgadas por las mías. Los sueños me saben siempre desde el olvido.

Esa casa, ese rostro mediterráneo llega al alba hecho certeza y es el mejor de los insomnios: te despidés de mí desde otra orilla; estás de espaldas ofreciendo tus cabellos a mis dedos y sin verme nunca, estallando en luz por la ceguera de cualquier otro sol en tus almendras, alejándote me besas desde el más nuevo y último de sus exilios.

No hay nada que hacer y lo sabes.

Desde el rencor, lo sabes.

Aún así, deletreando tu rostro en mi mano, en mi insomnio, desde la inutilidad de este canto, espero de nuevo bajar a los infiernos.

He entendido, aunque me cruces la cara con las uñas, he entendido.

Te arrastraré, Eurídice, por los cabellos. Vendrás conmigo, a pesar de tu furia, vendrás conmigo.

Los hombres somos torpes, mucho más lo somos los poetas.

Lo haré como debía haberlo hecho, sin mirarte y con mi canto entero.

No me tardo.

---

## POSTAL DESDE LA AUTOPISTA

---

Entenderás que esto no es lo mismo que 1999. Es la más leve de sus sombras. En ese año, aquí en el café Rajatabla, en el Ateneo de Caracas, hoy también de despedidas, haciendo esto mismo, chico, tomándome unas cervezas, de repente volteo y veo en una mesa, sentado uno al frente de otro, a un punketo y un Guardia Nacional.

Esta ciudad se parecía tanto a Ámsterdam.

Esto era un espacio en donde respirar, en que las monedas alcanzaban.

La más leve de sus sombras no aparecería ni que le ofreciera, ahora, en esta noche, el más elaborado de los tragos.

---

POSTAL DESDE  
RAJATABLA

---

Querida Carmen:

El tiempo de lluvias fue mustio pero sereno y el verano fue certero como siempre en estos parajes. Verano sin lluvia, verano con lluvias y vuelta al verano, señor nuestro.

Las aves cuentan sus cosas y los árboles responden con su sombra en esta plaza, casa de peninsulares.

Vengo de almorzar en una tasca, cenaré probablemente en otra en Chacao.

Me detengo cerca de la iglesia a descansar los vinos, en el camino hacia la avenida en donde buscaré un taxi.

No, no he muerto, escapé hacia estas costas, clandestino en un barco.

Mi ciudad no es irreal, es muy cierta en sus miserias y riquezas desde hace cientos de años.

Aquí privilegia el aire y sus mensajes transitan en secreto en las idas y venidas de los pericos y las guacamayas.

Hay fiesta en la Semana Mayor, hay nostalgia de corridas en el Nuevo Circo, pero se acepta la muerte y el retorno como elemento cotidiano, entre aguardientes y rezos, entre no creer y hacer las procesiones con el Nazareno, hacia Santa Teresa, con fervor de cofradía, mientras en las noches, sobre firme tabla, baila la más hermosa de las muchachas.

Nunca como tú, claro, Carmen, pero con el tiempo, a pesar de los dictados de Merimée y Bizet, me he deslastrado de tu saliva.

No tengo nada porque darte las gracias, solo desearte la mayor de las felicidades en tus labores de puta.

---

POSTAL DESDE  
LA CANDELARIA

---

En este lado del Atlántico, en donde me he asumido uno más de los de aquí, bregamos, la primavera arde en los ojos y lo que no otorgue vida lo despedazamos.

Me despido, feliz,

José Lizarrabengoa

---

## POSTAL DESDE LAS PALMAS

---

Querida Isolda:

Llueve.

Apenas.

Si uno mira con cuidado es como un fractal del cielo en movimiento.

Cubre la plaza de ladrillos y al parque, todo el círculo de este sitio callado.

Veo una tintorería que abre, el abasto anunciando la hora de la ley seca y su duración, el edificio Cumarebo, el Atalaya, las conserjes sacando la basura.

Me siento en el espacio menos mojado de la plaza.

Unos novios se toman fotos al fondo del parque y piden mi ayuda para una foto de los dos sentados en el banco de la izquierda. Lo hago con cuidado.

Si supieras dónde ando, a los pies de mi montaña, en este reino de silencio a donde fui a parar después del destierro que Mark me impuso de no volver a Cornualles, después de mi estadía en Puerto Malo.

Si supieras cuánto agradezco al día este resguardo, estos diez minutos, ya despidiéndose.

Pasan las cotorras, pasan también otros pájaros y hasta los pocos vehículos que dan la vuelta se sienten poco.

Si te detienes, escuchas tus latidos al unísono con la montaña.

Si te callas adentro, escuchas la lluvia como si fuera un frotar de dedos.

Los novios se marcharon.

Volteo a los lados, arrojé el paraguas, me quito los zapatos, y como sufro poco de vergüenza, me quito la ropa sonriéndole a la doña que se asoma en la ventana.



Cierro los ojos. Siento la llovizna, mido su paso.

Levanto las palmas de mis manos.

Me olvido de todo, aquí en Manoa.

Soy apenas lo que queda del chubasco.

Tristán



---

# ADENDAS

---

# 1

Cuando el cuerpo habla, las palabras que lo nombren se deben ante él: debe darnos aquello que enuncia en sus olores, el sabor del lugar del que procede.

Cada cuerpo habla a otros como a sí mismo: despierta rechazos y acercamientos, dudas y certezas, epifanía y desconcierto.

Así la palabra con el cuerpo: le habla desde su doblez y su carencia, su dulzura y sus aciertos. Cada palabra se levanta, se lava, suda, se perfuma desde el espejo del otro.

Lleva un ritmo dictado por el cuerpo, que se abre sincero.

# 2

Me miras cuando ya no miro. Llevas tus talentos de hembra: calculas, haces pronósticos, observas mis hábitos, me juzgas, reconoces lo que te agrada.

Imaginas cuánto costaría hacerme a tu cuerpo.

Uno voltea y te sabe observando, con ese calidoscopio que es tu mirada de mujer. Uno habla y volteas tú ahora, oteando ese punto infinito que ustedes miran cuando decantan lo que decimos, la cara de bolsa con que uno se suelta.

---

## CUERPO DE MUJER

---

Incluso observas a quien me mira, ves la expresión de ella, ves de arriba abajo si podría ser o no tu competencia.

Llevas una balanza en donde me pesas.

Revisas tus bolsillos, tus monedas.

Como ves, uno también se sabe presa.

### 3

Todo termina por los ojos. Más que comenzar, es el lugar que anuncia destierro o cama. También dudan, no son perfectos. Cuando miran con fijeza y uno ve el iris, la pupila danzando como un colibrí.

Determinan tantas cosas.

Son el juez mayor, el que indica si acertaste o no, si la caricia es correcta, si el detalle es inexacto.

Dos pájaros de luz baten alas en su rostro y vuelan hacia ti en una mirada.

Ves, en el espejo que te enseñan, el golpe de los dados. Qué hay más allá del trago o la película que compartiste.

El futuro está en ellos: una noche, dos besos, amor de playa, noviazgo, candidato a amante, marido, padre de sus hijos, futuro exesposo, cuerpo que le otorgue viudez.

Van hablando según el tiempo o lo que en el camino pasa.

Los hay de matices infinitos. Rayados, limpios, me han rodeado los muy oscuros o los claros. En los primeros, pequeños o con párpados semicerrados, brilla una luz maravillosa.

Siempre iluminan.

Cuando se molestan, se hacen tenues. Cuando se entristecen, a pesar del brillo que puedan dar las lágrimas, se apagan.

Hipnotizan, ven todo lo que hay que ver y anuncian rientes o solemnes veredictos.

En los segundos, aumentan las variantes. Me decanto por los grises, que bailan entre verdes o azules según

la luz. En ellos, si te acercas a la altura del aliento, ves el universo.

Todo está ahí: los planetas, las mentiras, las galaxias, las entregas.

Cuando rabian, se vuelven plomo, cuando ríen son dos cucharillas de plata.

Con los ojos ellas aprueban, preguntan, juzgan, rechazan, hablan, fulminan, besan, responden, lamen, descartan.

Suelen bajarlos cuando escuchan sin ser percatadas.

Miran de frente cuando hay inocencia o no pueden evitarlo.

Cuando quieren saber en verdad quién eres o qué pasa.

Todo termina ahí, en la mirada. La del adiós, con lágrima pero firme; la de la entrega, dulce y gozosa; la resignada, hueca; la celosa, fría y cruel; la irónica, acuosa.

Por los ojos lo saben todo.

Por la mirada te desean, se reprimen y también te matan. Hay un tiempo que ritmo de océano, de giro y giro del planeta, te coloca en su palma y te decanta.

## 4

Mejor no hacer nada. El demonio está aquí pero duerme. Los labios no están prestos y se secan.

Mejor recojo tu humedad, acerco el fuego y respiro sus vapores arcada tras arcada.

Mejor no hacer nada, solo eso.

Los labios se prestan solos y humedecen. El demonio duerme siempre tibio.

Vivo animal en su reposo.

## 5

Los labios resguardan a la mueca o a la risa, el aliento tibio y la longitud incalculable y húmeda de su lengua.

Por los labios los hombres juzgamos cosas: su delgadez, la paridad entre el superior y el inferior, la tersura, el grosor.

Los labios significan una boca grande o pequeña, una sonrisa franca y abierta o pequeña e íntima. Son los labios analogía y metáfora de su propio cuerpo, de su color, su fragilidad.

Ambos son reflejo de los otros, ambos se empapan o se secan de acuerdo al movimiento correcto.

Se abren, muestran el oscuro fin en donde hacer casa y entonan serenos la más perfecta de las palabras: aquella que a veces, llenos de torpeza, no logramos escuchar, ni siquiera en los estertores del orgasmo.

## 6

La espera siendo fortaleza, columna que sostiene el abrazo del aire alrededor de los dedos, asidos a unas manos que no encuentro sino en sueños.

La llegada tan débil, catarata que se riega por el cuerpo, afuera como adentro, y todo lo dispersa.

¿Hay mayor fragilidad que derramarse? ¿Hay mayor fortaleza que esperar que te derrames?

Hazte a la tierra, cócela. Sostenla con tibiera, fórmala.

Vendré con mis palabras desde el suelo. Haz de este piso en que me esperas un ánfora de tiempo.

## 7

Las manos de ellas enseñan a tocar.

Como ciegas, recorren tu rostro palmo a palmo, secreteándolo.

Tocan los ojos, la frente, la nariz, los cañones de la barba, los labios, el mentón.

Te apartan y te jalan hacia ella.  
Son rosadas como salmón o bronceadas.

Manos de fregar o de reina, amarillas de nicotina o de mármol, largas de pianista, de palma grande o dedos pequeños, de dedos como estiletos que escriben con sangre en tu espalda.

Con uñas cortas o no, toman tu mano y la aprietan, la levantan, la acercan, la arrojan de su cuerpo.

Con ambas cruzan tu cara con violencia o con calma.

Con ellas amasan o firman cheques de compañía, cambian pañales, hacen Yoga.



Dirigen la ciudad con agitación o parsimonia,  
pintan el aire alrededor.

Ellas buscan ser llevadas pero en verdad llevan.  
En una mano una flor y en la otra una navaja.

## 8

Uno mira desde lejos un cuerpo y se acerca.  
El camino desde el lugar en donde estás hasta ese  
cuerpo se paladea, se respira en sus olores traídos  
por la brisa.

Uno mira desde cerca un cuerpo y se detiene a  
escucharlo.

La boca se ha hecho agua. Solo hay hambre  
en esas manos.

Pronto viene el devorar.

## 9

Poner una mano sobre ella, luego la otra.

Captar sus pliegues, desniveles, sus lugares en  
tensión, sus roturas.

Sentirla larga, sin final en hombros o piernas,  
delgada. Empezar debajo de la nuca, apretarla,  
avanzar hacia los hombros y su ser rotundo  
y bajar a los omoplatos, a veces frágiles.

Parece la más larga de las piraguas.

Es el espacio más pleno de piel, el que más se eriza,  
el que se arquea o retuerce. Toco su espalda y es el  
más entero de los presentes.

Voy bajando las manos.

Subo otra hacia su pelo y luego avanzo hacia dos cuerpos mansos. Roce lento de dedos hacia la profundidad del izquierdo, que al contacto despuenta.

Luego el otro.

Se acercan los labios, muerden suave su centro.

Se acercan de nuevo las manos. Se alejan los labios del centro, se abren los dedos, las manos se llenan de sus pechos.

Su cuerpo se acerca y me rodea.

Las piernas son siempre una promesa de algo que se sabe aunque casi nunca llegue a ser tuyo. Son la longitud más lasciva del cuerpo. Abarca el tobillo y sube, se extiende al muslo, delgado o grueso, y se pierden en la oscuridad que les palpita. Son fuerza, tono, robustez, tacto al que aspiramos en su lisura precisa.

*(Hace semanas fui testigo de ellas y su poder. En un café, vi una mujer blanca, de cabellos negros y una minifalda. Todo lo que se encontraba alrededor, mesas, sillas, hombres, mujeres, mi mirada, giraban alrededor de sus piernas).*

Todo la miraba,

rodilla abajo tensa por la sandalia alta, rodilla arriba cruzada una sobre otra en su extensión correcta, en la precisión de cada fémur.

Haciéndose dueñas desde el suelo al aire y desde mis ojos a las escaleras en donde estamos ahora en que agarro tu cuello y pongo mis labios en la nuca acalorada para besarlo.

Se huele el cuello, se muerde, se besa. Está para atenderlo tanto como las orejas, llenas de vocales abiertas, de sarcillos enmarcando su brillo.

Ellas deciden por la vista, por el olor, también por el oído. Es la alcabala de las mentiras y la entrada de las más sinceras palabras.

Por lo que guardan (el oído), por lo que esperan (temblores), por lo que marcan (perdones), las orejas son la casa del viento resguardándoles hazañas.

Hacia ellas la lengua, los agradecimientos, las sombras, el susurro en que le digo todo lo que voy a hacerle, calladamente, tomándome mi tiempo en muellearla, chuparla, voltearla sosteniéndole las manos, amarrándolas al pasamanos de la escalera al desnudarla.

## 10

Te desgranas, mujer mía, ahora, en la mañana.  
Intento descifrarte y no me dejas ya. Más que un sabio, soy ahora tu esposo. Es un círculo en donde lanzo la atarraya en cada calle y espero.

Del averno a tu olor, y de tu olor al averno.

Te intento levantar: te voy dando pequeños besos en el rostro mientras lo arrugas y pides más tiempo para el sueño. Voy a la cocina a sacar las cosas mientras sigues durmiendo: el pan, la nata, el queso, el jamón de pavo, el jugo. Luego vuelvo a levantarte pues el tiempo corre: te levantas, te preparas para el baño. Yo caliento el agua y enciendo las hornillas. Entro mientras te desenredas el cabello y te baño, te enjabono mientras te beso, acariciando tu piel con la espuma. Salgo primero, me seco, termino de preparar las cosas frugales que desayunaremos. Te vistes, me afeito.

En el transitar del día, las idas al almuerzo, el lavar los platos, la duermevela de la tarde, ser pareja.

Cada hora de tiempo es un respirar de rocío que se seca en la piel mutua que vamos haciéndonos para los tiempos del frío.

---

## DUERMEVELAS

---

Hablamos de Chile, de Colombia. Conversamos qué idioma aprenderemos.

Hablamos de Praga, de Barcelona, de Turín.  
De la nostalgia, de los hijos.

Los aeropuertos del mundo aúllan como lobos.  
Las ansiedades del globo nos carcomen.

Vamos al balcón a ver el Jardín Botánico, el asta de la bandera en la Universidad, los pájaros.

¿Qué tendrá que venir? ¿El adiós a los nuestros?  
¿Las visitas en diciembre, escapando de muchos inviernos?

¿Las visitas al médico, pues son más baratas?

¿Un cuadro de El Ávila en nuestra casa en Berlín,  
en Ciudad de México, en Liverpool?

¿Vendrán por nosotros aquellos amigos, los del 2035,  
los de nuestros últimos años?

Pájaros distintos, mares distintos. Otras patrias.  
Luminosos otoños en cada final del día, en el té,  
la paella, el *fish & chips*, el asado.

Te abrazo firme, junto al balcón.

Hay que preparar para mañana el almuerzo.  
Afuera, suena la alarma de un carro y niños pasean  
en bicicleta. Mañana debe venir el camión de las  
verduras y las frutas.

Para cuando venga, cielo mío, si ha de venir,  
seremos un solo abrigo.







ÍGNEO